

12. Exilio

Antxon quedó tendido en la playa de Hendaya, exhausto, tiritando de frío, y con fuertes dolores de estómago, retorcido por un hambre y sed insoportables; en ese momento hubiera deseado que le tomaran preso, que le dieran agua, pan y una manta, o que le mataran de un tiro. Perdió el conocimiento. No supo cuánto tiempo había pasado de esta manera cuando un pie lo empujó por debajo del sobaco intentando moverlo, al segundo intento la persona se agachó y le zarandeó el hombro con su mano.

—*Il n'èst pas mort* —constató una voz grave de mujer.

Pasados unos minutos, varias personas lo rodearon, lo levantaron, unas por los pies, otras por los brazos y, con mucha dificultad, lo pusieron en una carreta de madera con la cabeza apoyada en una manta doblada. Una mujer corpulenta tiraba del carro con ambas manos, ayudada con una cincha puesta en bandolera. Detrás, el resto de la comitiva empujaba con fuerza intentando que las ruedas de madera avanzaran por la arena mojada.

Entraron en la trasera de una pequeña casa cerca de la playa, lo colocaron, sin poder evitar darle algunos golpes, sobre la manta extendida en el suelo y, casi a rastras, lo llevaron a una habitación. Allí mismo, así tumbado, lo desnudaron unas ágiles manos y con una manopla lo lavaron y le dieron unas friegas de alcohol; lo volvieron a vestir con otras ropas

y lo subieron a una ancha cama. Deliraba cuando, casi a la fuerza, tragaba una sopa caliente con trozos de pan.

No fue consciente hasta pasados varios días. Durmió de manera continua, solo lo despertaron para tomar el mismo menú: sopa con pan. Poco a poco empezó a darse cuenta de que, de vez en cuando, lo lavaban y volvía a la rutina de dormir, comer y, cada vez menos, delirar. Sintió, tal vez eran sueños, que cada cierto tiempo un cuerpo blando y caliente se acurrucaba junto a él, ¿tal vez Mentxu?

Una noche se despertó lúcido, sin fiebre, sin sudor. Oyó voces y carcajadas, un perfume dulzón se colaba en su memoria reconociéndolo, se volvió a dormir. Sintió cómo la cama crujía al entrar alguien cerca de él y unos brazos suaves lo rodearon, se quedó quieto, expectante, como si todavía estuviera escondido entre las rocas.

—*Mon petit chou*²⁵ —ronroneaba una voz grave.

Ella comenzó a jadear mientras aceleraba sus movimientos rítmicos y, al pasar su mano por el vientre de él, encontró su pene erecto.

—*¡Oh! Tu est déjà bien*²⁶ —susurró admirada.

Con una agilidad que no correspondía a su volumen, se sentó a horcajadas encima del recién resucitado sin que ello dañara su convalecencia ni su dignidad. Él sospechó que aún dormido lo había manipulado a su antojo; algo empezaba a recordar.

Dos semanas más tarde, vestido con un mono azul marino, boina ladeada y con las mejillas sonrosadas se alejó con paso firme de la casa de dos alturas, recuperado y con unos francos en el bolsillo. Había engordado tres kilos de los cuales uno se lo devolvió a

25 Mi repollito.

26 Ya estás bien.

su *madame* en generosas dosis de pasión. A unos cien metros se volvió sonriente para saludar con la mano.

Debajo del mástil en el que ondeaba la bandera tricolor había un cartel de madera, horizontal con fondo azul, blanco y rojo sobre el que estaba escrito: *Gendarmerie*.

Abajo, en la puerta principal, un gendarme pequeño aunque estirado, con gorra ladeada y el uniforme ajado pero brillando el correaje, le enviaba un saludo militar cuadrándose; su bigote fino se arqueaba sobre sus labios sonrientes. Justo encima, en el primer y único piso, junto a la bandera, movía sus brazos amorosos una señora rolliza, rubia, de labios rojos encendidos, con un lazo vistoso en el pelo recogido, y con pechos generosos que se apretaban y separaban al ritmo de sus saludos. Era la verdadera capitana. Más tarde, Antxon llegó a sospechar que hubo una cómplice connivencia en aquella pareja, salvo que la perspicacia policial fuera nula.

Muchos de los refugiados a Francia escaparon por temor a la violencia de ambos bandos, sin que influyera su ideología o tuvieran nada que temer por sus actos, habían huido en algunos casos con la familia al completo y volvieron a sus hogares una vez hubieron recibido noticias tranquilizadoras.

La mayoría de los soldados republicanos que cruzaron al país vecino fueron conducidos de nuevo al frente y enviados a Cataluña por la frontera de Port-Bou. Sin embargo, una gran parte de los huidos se ubicaron en los Campos de Trabajadores, lugares de gran penuria y de hambruna. Miles de personas hacinadas que fueron utilizadas en la construcción de obras públicas; muchos de ellos acabarían, paradójicamente, en las filas del ejército francés en la Segunda Guerra Mundial. En cualquier caso, los

refugiados fueron un relevante problema para el país galo, aunque mucho más para ellos.

Antxon evitó tener contacto con cualquier institución, excepto la involuntaria y milagrosa relación con la *Gendarmerie*, que le salvó la vida de la manera más dulce. No acudió a los centros de emigrantes de la Cruz Roja, ni republicanos, ni nacionalistas, ni tan siquiera utilizó el autobús, era un indocumentado. Enfiló, andando la carretera de La Corniche hasta que llegó a San Juan de Luz al atardecer. Sus pasos le llevaron inevitablemente al puerto de pescadores; se sintió como en casa, en su Pasajes, en su hogar, cuando vio varios pesqueros con nombres en euskera. Estaba en una Francia no tan extranjera.

Uno de los barcos más grandes tenía los motores en marcha, las luces del puente encendidas y bombeaba el agua del vivero. Se veían los pequeños txixarros nerviosos, como si intuyeran su destino de cebo vivo. Antxon se acercó y con un *kaixo* atrajo enseguida la mirada del patrón quien examinó al recién llegado un buen rato con ojos astutos y luego, sin mediar palabra y con un gesto de la cabeza, le dijo: *goazen*.

Hizo la costera del bonito un par de meses con muy buenas capturas y pronto se integró en la flota de bajura, pero, aunque vivía bastante bien en comparación con sus compatriotas emigrados, no podía con la nostalgia y la tristeza del atardecer francés. De pesquero a pesquero logró comunicarse con Mentxu para enviarle su mejor oferta: *Vente*. La respuesta fue demoledora y breve: *No puedo, cariño, mi hermana y su hijo en situación muy penosa. Mis padres no están bien. Me necesitan*. No se citaban nombres propios para evitar delatarlos en caso de que cayeran en manos no deseadas.

La única palabra esperanzadora de la escueta misiva era cariño, aunque no debía darle demasiada relevancia dados sus antecedentes gallegos, era un término fácil. Se sentó en popa apesadumbrado, esperaba no solo un sí eufórico, sino verla llegar rauda; había hecho planes para los dos juntos y hasta calculó dónde podrían compartir un piso con otros compañeros. De nada sirvió. Pero su desilusión era poco, comparado con lo que la carta dejaba entrever, casi había dejado atrás los horrores de la guerra pero tuvo los peores presentimientos; nada decía de Krispín ni especificaba cuál era esa situación penosa de Amalia y el niño.

Todavía era imposible acercarse a Pasajes, cualquiera podría reconocerlo y denunciarlo, no sabría en qué vecino confiar. Había mucha gente indefinida, no comprometida, y hasta puede que anarquistas antiguos reconvertidos a falangistas con necesidad de demostrar su fobia a los sindicalistas. Descartó esa idea de volver. Pero no podía quedarse al margen, sin hacer algo por sus amigos, por su amor. Decidió intervenir. Ya vería cómo.

Con frecuencia habían avistado, mientras faenaban, algún convoy republicano que hacía la ruta de Bilbao a Bayona o a Burdeos. Iría donde fuera para ayudar a Pasajes.

Se despidió agradecido de sus compañeros de pesca e intentó regalarles un negocio: el mercado de percebes. Les enseñó y animó, era muy fácil, bastaba con una rasqueta, una bolsa y mucha precaución, las rocas en Francia se doblaban por su abundancia. Fue inútil, no lo apreciaron, no les gustó. Cuando acabara la dichosa guerra arrancarían todos los percebes franceses para venderlos en España y también las angulas.

Los muelles de Bayona hablaban castellano y euskera con una actividad frenética y macabra. Por un lado se almacenaban, en barracones con una techumbre y tres paredes, cantidad de productos alimenticios en sacos marrones con sellos azules que indicaban su contenido y procedencia: sal, azúcar, arroz, lentejas, leche en polvo, queso en barras, harina..., con nombres extranjeros. Aparte, en un espacio más oscuro, alejado y también bajo estrecha vigilancia, se vislumbraban siniestras cajas de madera que, como ataúdes, anunciaban muerte: fusiles y munición; hasta había una tanqueta pequeña.

Un poco más allá, hacia el centro de la ciudad, en un parque con grandes árboles, habían instalado muchas tiendas de campaña de todo tipo, tamaño y colores; se intuía espontaneidad y solidaridad. La emigración había pillado desprevenidas a las instituciones, aunque abundaban las tiendas militares, compitiendo con otras particulares, no menos efectivas, emboscadas en la maraña humana. En lo que fue el hospital de campaña se instalaron cocinas enormes y custodiadas. Los enfermos y heridos eran atendidos en el asilo de la ciudad y sus alrededores.

A pesar de la multitud de gente protegida, el silencio era insoportable, solo se escuchaban lamentos de pena y dolor, cuchicheos que pretendían consolar y maldiciones al cielo. Las personas deambulaban desorientadas, buscando una cara conocida que les diera noticias de unos y otros, un abrazo, un hombro donde apoyar su carga..., pero todos eran una carga, todos buscaban lo mismo. Ojos hundidos de llorar, niños agarrados a manos huesudas de quienes no siempre eran sus familiares, ancianos inmutables por horror o por incomprensión, delgadez de hambre, ropa grande o cuerpos reducidos,

olor a pis y escasez de todo, viejos prematuros que llevaban la muerte en la mirada.

Alguien, detrás de un árbol, chistó a Antxon. Una señora joven, de mediana estatura, morena, voluptuosa y de ojos hundidos reclamaba su atención con clara intención de ofrecerse.

—Mil francos —dijo la mujer en perfecto castellano apoyándose en un árbol próximo.

Antxon se quedó demudado, incapaz de entender cómo puede surgir semejante esperpento de entre tanta desolación. Pero la necesidad no pone límites. Avergonzado le entregó unos cuantos billetes y siguió cabizbajo.

Muchos de los refugiados decidieron quedarse cerca de la frontera con la esperanza de que el conflicto terminara pronto y pudieran volver a sus hogares. Algunos habían rescatado objetos de valor que les ayudarían a sobrevivir unos meses. Otros muchos, aterrorizados, quisieron alejarse lo más posible de la barbarie de un país que ya no reconocían como suyo, y fueron embarcados con destino a Holanda, Dinamarca, Noruega, Inglaterra, URSS..., y no pocos salieron desde puertos mayores como Brest y Burdeos a Argentina, Chile, México y Venezuela. El Gobierno Vasco en el exilio tuvo un papel determinante en la organización de los traslados pero, sobre todo, en la negociación con los países receptores, garantizando un destino seguro y protegido.

Antxon, muy afectado por lo que había visto y sentido, decidió retornar, a pesar de los riesgos. Nada le retenía en Francia. Podría ayudar en el transporte de mercancías por mar a Bilbao o tal vez volver a la pesca, cualquier cosa menos retomar un fusil, no quería disparar ni en las ferias.

—Maldita sea, en buen lío me metí con eso de los perdigones. Etxera noa²⁷ —se dijo, contento.

27 Me voy para casa.